
EL BESO DE VIDELA

JUAN JOSÉ BECERRA

Entre 1978 y 1982 vi en la cúpula de la Sociedad Rural de Junín conciertos de Julio Iglesias, Tom Jones y Gloria Gaynor, todos en su apogeo, y también uno de Sandro, luego de la derrota de Malvinas, en el que cantó «Después de la guerra» en una silla de ruedas, lloró con una especie de broncoespasmo en la estrofa final y reventó un vaso de whisky contra el escenario de cemento como fin de acto ligeramente antidictatorial. Las astillas de vidrio o los trozos de hielo me pasaron a milímetros del ojo derecho, llevándose la chance de daño que siempre es posible esperar de cualquier ficción que se vuelve realidad.

La cúpula de la Sociedad Rural de Junín es una estructura gigantesca de hierro y cemento, sostenida exclusivamente desde el perímetro con el propósito de producir, en el centro, un vértigo de suspensión y una fantasía de derrumbe. Su forma es la de una reunión de seis hexágonos, con los que se celebra una economía espacial geométrica y una sorpresiva alusión a la abeja como emblema de laboriosidad y obediencia, ratificada por el cielorraso en el que los hexágonos vuelven a proliferar por cientos, esta vez en colores azules y blancos.

Se inauguró el 15 de octubre de 1977 como sede de la Primera Exposición Internacional de la Producción, la Industria y el Comercio. El mentor fue Jorge Cogorno, entonces presidente de la Sociedad Rural de Junín e hijo de Pablo Cogorno, un militante del Partido Conservador que fundó el sindicato de estancieros de la ciudad el 21 de octubre de 1945, casi sin dejar respirar al 17 de octubre de Perón.

Cogorno, Cogorno, Cogorno. El nombre sonaba como un password en la casa de mi abuelo materno, que junto a sus hermanos habían perdido por vagancia la estancia familiar en Morse pero él seguía ligado emocionalmente a la mitología todavía gauchesca de los estancieros, a su rusticidad dorada y a su autoridad social que en la ciudad se manifestaba generalmente por el silencio porque para hablar estaba el patrimonio.

Ese día mi abuelo atendió un puesto de venta de básculas y tranqueras, o de un aditivo para vacas llamado Calciomicina (con cuyo logo había customizado los laterales de su Renault 4, el auto de la nouvelle vague). Sinceramente no recuerdo el orden de sus changas. Lo cierto es que fue mi anfitrión y yo estuve fascinado toda la tarde por los hormigueos que armaban y desarmaban las rondas de negocios, embolsando folletos, viendo animales y gauchos cara a cara. Mi recuerdo cree haber visto jineteadas, pero quizá se equivoque y lo que ocurre es que solo el concepto jineteada es el que se hace presente sobre un escenario de cultura rural. Por otro lado, ¿ese día cantaron Los Chalchalersos al aire libre, gritando como siempre palabras por la mitad, como si arriaran grupos de ganado sordo? Puede ser, porque en ellos siempre se encontraron los gustos civiles, militares y religiosos de la patria retro que la Sociedad Rural acunó como su bebé ideológico.

Cuando cayó el sol, que no cae tan fácil en Junín porque el desierto le da recorrido, una especie de changüí para que se despierta lentamente y durante varios minutos se vea como una versión apocalíptica del alba, volví a casa y desembolsé el papelerío. Le puse a mi abuelo paterno un bicornio de cartón con la publicidad de sal Dos Anclas. Se olvidó que lo tenía encima y fue a la panadería. Una cuadra de ida y otra de vuelta sembraron un pánico de manicomio a su paso, que no era otro que el que despierta aquel que se cree Napoleón. Cuando llegó se lo saqué y le vendí un mapa de Junín que me habían regalado en la cúpula. Después se lo robé, le pedí que me lo prestara, me dijo que lo había perdido y volví a vendérselo a los pocos días. La estafa es un movimiento circular que siempre está planteando soluciones.

Estamos en 1977, un año sangriento, es cierto, pero la comedia infantil es insobornable y no percibe la violencia de la historia. Si no le cae una bomba en la cabeza (como le ocurrió a Alexander Kluge en Halberstadt el 8 de abril de 1945), un niño solo puede ser sujeto histórico de un modo retrospectivo. Mientras tanto la historia no existe. Si le cae una bomba en la cabeza o si sus padres desaparecen entre 1976 y 1983. Pero mis padres estaban allí, viviendo su vida con normalidad, también ellos afuera de la historia. Mi madre, sin pronunciar un solo comentario en ocho años sobre el clima de la época; y mi padre —ahora lo recuerdo— quemando en la parrilla su colección de *Novedades de la Unión Soviética* en la que los perros Stalin y Laika eran héroes del mismo panteón.

Para saber un poco más qué otras cosas *me* ocurrieron ese día, cada vez más largo en la medida que pasa el tiempo, leo una investigación de Evangelina Máspoli publicada en 2011 por la Universidad de La Plata, donde cuenta que el 15 de octubre de 1977 hubo varios oradores en la Primera Exposición Internacional de la Producción, la Industria y el Comercio de Junín. Jorge Cogorno estaba tan ansioso que habló el día anterior. Dijo que por fin había quedado atrás la política «demagógica y corrupta» dominante hasta el 24 de marzo de 1976, y sin que se percibiera una lectura aunque fuese chapuceada del marxismo, lo invocó como el fantasma de moda. Dijo que había acampado en «nuestras ciudades, en nuestras fábricas y en nuestros campos», y en «las almas frágiles y desamparadas de nuestros hijos», cuyos corazones «no eran carpas para que se instalaran guerrilleros ni demagogos».

No sé qué le pasaba a Cogorno con las carpas en aquel momento —quizá tuviera preferencias por las casas rodantes— para mostrarse tan contrario a la saludable actividad de estaquear unas lonas para sentir en su interior el rumor de la naturaleza, pero no había dudas de que si el marxismo había decidido pasar la noche en Junín no iba a hacerlo en las tolderías mentales de su hijo, a quien veíamos en el centro fumando como un escuerzo rural y sin ningún ansia de reforma agraria. Luego asoció a los asesinos estatales de 1977 con la Generación del 80 y postuló la «concordia

ciudadana» para que fuera un faro de no sé qué tipo de luces. O sea: literatura de cuartel pegoteada de almíbar lugoneano, pasta base del discurso oficial de aquellos años.

El secretario de Agricultura y Ganadería de la Nación, Mario Cadenas Madariaga —un carcamán que hoy mismo, en 2015, escribe en un pasquín fascista llamado *El Informador Público*—, dijo por su parte que había dos Argentinas: una segura de sí y republicana, la de la Generación del 80 (se ve que hacían cola para insistir con esta asociación); y otra tercermundista, resentida y con «complejo de inferioridad». Por su parte, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Ibérico Saint Jean, no se privó de su lección de historia al recordar la Campaña al Desierto que marcó la provincia «con sangre» y «expulsó al invasor extranjero» y que en 1871, en la prehistoria de Junín, tuvo como jefe de la Frontera Norte y Oeste de Buenos Aires y Sud de Santa Fe al abuelo de Borges. Había que ser más papista que el Papa porque en el palco miraban el horizonte contra el que habían corrido a los «extranjeros» y aplaudían el jefe del I Cuerpo de Ejército y adicto a la tortura, Guillermo Suárez Mason, y el dictador Jorge Rafael Videla.

Empecé recordando la tarde de aquel día porque de lo contrario este texto se hubiera convertido en un caballo tirado por un carro. Pero todos estos próceres de lesa humanidad estuvieron desde la mañana en el Grupo de Artillería 101 de Junín. Allí saltaron de sus helicópteros, se los saludó al modo guerrero y se les ofrendó una coreografía de paso de ganso para que sintieran —o dejaran de sentir— la nostalgia del protocolo nazi. El maestro de ceremonias fue Félix Camblor, un coronel edípico que llevaba a la madre a todos los actos de su repartición, mas no a la mujer, que dicho sea de paso creo que nunca tuvo.

La comitiva viajó los pocos kilómetros que separan el Grupo de Artillería 101 de la Municipalidad de Junín, donde fue recibida por el intendente Roberto Sahaspé, capitán retirado del Ejército, quien le entregó a Videla las llaves de la ciudad, le doró la píldora, le presentó a las autoridades religiosas y civiles y a varios intendentes de la zona y le dio la palabra. Videla, formado en una sola

metáfora (la que compara al soldado con el soldado y, por añadidura, a la guerra con la guerra), describió el cargo de intendente como el del «soldado que está peleando en primera línea». Lo había visto entrar a la Municipalidad, caminando desgarbado sobre la alfombra roja después de bajar de un Ford Fairlane azul según mi memoria, que recuerda mal las marcas y los colores.

Yo estaba sobre la vereda, enarbolando la bandera argentina que me había tocado llevar en nombre de mi escuela junto a las dos compañeras que me escoltaban y los abanderados del resto de las escuelas de la ciudad, formando un paisaje de niños argentinos en escuadra en el que Videla pudiera ver obediencia patriótica. No estoy seguro si sobre la avenida Rivadavia hubo o no hubo desfile cívico militar, pero sí estoy segurísimo de que era la época dorada de ese tipo de engendros. Ese año y los posteriores nos sacaban de las aulas y nos entrenaban antes de cada 25 de Mayo y de cada 9 de Julio para ser el furgón de cola de las tropas regulares: izquierda, izquierda; izquierda, derecha, izquierda.

Videla entró a la Municipalidad de Junín, pero no salía. Pasaron los minutos y las horas —digamos dos— y nosotros fuimos su Guardia Suiza. El esfuerzo físico tenía algo de servicio militar obligatorio en su vertiente de explotación infantil. ¿Vas a salir o no vas a salir, pedazo de asesino? Eso es lo que dice ahora mi imaginación restauradora, pero entonces debí haber pensado con fascinación que estaba cerca del Presidente de la Nación al que la revista *Gente* había fotografiado acariciando a un niño en la puerta de la Casa Rosada y al que la prensa comenzaba a comparar con la Pantera Rosa para darle un filamento naïf a la luz negra de su crueldad. El Flaco Videla, la Pantera Rosa, el Presidente: una música de Henry Mancini.

Cuando salió nos saludó revoleando los huesos de la mano con la que firmaba decretos tenebrosos y rebotaba habeas corpus, y de golpe arremetió con saludos pedófilos para que no se achacara gelidez. Me besó. El Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argentina y Comandante en Jefe de la Fuerzas Armadas, nuestro rey, me besó como un padre que bendice el cráneo de su hijo para ejercer sobre él un poder de profilaxis ideológica.

Regresamos a la escuela por la avenida Arias. En Arias y Cabrera enganché la punta del mástil con el techo de un kiosco de revistas. Se ve que la gloria me mareó y perdí la noción de altura. No es fácil saber lo que ocurre por encima de nuestras cabezas. Después corrí a mi casa a contarle a mi padre que Videla me había dado un beso pero ¿por qué él no había ido a verme justo el día de mi máxima consagración? No me dijo nada. No me dijo por qué no había ido a verme, ni qué pensaba de mi roce con las altas esferas de la República. Su opinión se llamó silencio.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento... Perdón: se me mezcla lo mío con lo de los demás. Quiero decir que muchos años después, cuando le pregunté por qué no había dicho sí ni no cuando le conté de mi encuentro con Videla con la emoción con la que San Martín contó su encuentro con Bolívar en Guayaquil, me dijo que no había querido decepcionarme.

A veces me olvido de ese beso repugnante, pero hermoso cuando sucedió, o lo recuerdo como si no me hubiera ocurrido a mí. Desde entonces, ¿cuántas veces la serpiente cambió de piel? Pero hay algo que, piel o disfraz (y no veo la diferencia), todavía persiste. Porque en este momento en el que escribo lo que a duras penas se presenta como un recuerdo filtrado por la niebla que se levanta cuando uno cruza su memoria un poco a ciegas, evitando golpearse contra lo que a simple vista no es fácil distinguir, veo que la causa por la que llegué a Videla fue porque me gustaba escribir. En mi escuela había dos lobbys que se enfrentaron como mafias los días anteriores al encuentro con Videla: el de las maestras de matemáticas y el de las de lengua. Triunfaron las de lengua, y yo fui su emergente accidental.

Aquí se detiene mi operación de rescate, sobre la que no tengo mucho más que agregar excepto dos preguntas: ¿qué es el poder?, y ¿qué es la infancia? No sé qué *es* el poder pero puedo saber lo que *hace* recreando la parábola del dictador Videla, formidable manifestación humana del Mal, que entró a la Municipalidad de Junín el 15 de octubre de 1977 con todas las herramientas de control y represión que nunca fueron usadas con tanta discrecionalidad en

la historia argentina y salió embolsado en plástico forense del penal de Marcos Paz el 17 de mayo de 2013, sin conocer la experiencia del remordimiento. El poder viene y se va, y mientras el poder del poder lo tenga el tiempo no podrá afirmarse nunca como lo que siempre ha pretendido ser: una fuerza natural.

De la infancia se puede decir que no es nada, que es lo que no pasó, que es una ficción de vapores en al aire. Citando a Videla: no está viva ni muerta. Está desaparecida.

CALMAR LA SED

SERGIO OLGUÍN

Julio de 1977. Tocaban el timbre de casa con insistencia. Estoy solo: mi padre y mi hermana soltera ya se fueron al trabajo, mi madre debe estar haciendo las compras y yo todavía remoloneo como todas las mañanas aprovechando las ventajas de ir a la escuela por la tarde. Nos mudamos hace menos de un mes a esa casa de Lanús Oeste y no me acostumbro al sonido metálico del timbre. En la otra casa, también en Lanús pero más cerca de Valentín Alsina, había que golpear directamente la puerta con el puño.

Me levanto con la intención de decirle al que esté llamando la excusa que repito y seguiré repitiendo durante años: «No puedo abrir, mi mamá no está». Cuando me asomo a la celosía de la cortina para mirar veo que alguien atravesó el camino del jardín y espera al lado de la ventana. La gente común no suele hacer eso. El hombre está vestido con ropa de fajina y lleva en sus brazos un fusil. Observo mejor y descubro a otro soldado parado en la vereda. Está de espaldas y mira o controla la calle. El soldado parece verme por la ventana baja. No debería haberme levantado de la cama, no debería haber ido hasta la puerta. Nuestras miradas se cruzan y yo le pregunto qué necesita. Me pide que abra.

No me animo a decirle la excusa que me enseñó mi madre. Busco la llave y por suerte está donde siempre: encima del tocadiscos. Abro sin pensar que estoy en pijama, abro pensando si faltará mucho para que mi madre aparezca con las bolsas llenas de hacer las compras.

El soldado armado es un tipo joven. Para mí es un adulto mayor pero no debe tener más de veinte años. El doble de mí. No es

muy alto, o tal vez sea yo que pegué un estirón y todos me parecen bajos. Cuando me ve aparecer, me habla con tono serio pero para nada agresivo. Me dice si le puedo traer un vaso de agua.

Dejo la puerta entornada (no me animo a dejarla ni abierta ni tampoco cerrarla ante la cara del soldado). Voy hasta la cocina y lleno el vaso más grande que encuentro con agua de la canilla. No se me ocurre darle soda. Para mí la soda es una bebida como la Coca-Cola o el vino. Si pidió agua, le doy agua.

Cuando regreso con el vaso, junto al soldado hay otro que debe tener la misma edad. Mientras uno toma el agua, el otro me pregunta si le puedo traer un vaso a él también. Vuelvo corriendo a la cocina y lleno un segundo vaso de agua. Los dos toman con avidez. Es solo agua con mucho cloro pero ellos parecen estar tomando una bebida majestuosa. Para alguien como yo, que crece tomando gaseosas en todas las comidas, el deleite que estos soldados tienen con sus vasos de agua me resulta más sorprendente que el hecho de que estén en el umbral de mi casa con sus uniformes y armas largas.

Me dan las gracias, me devuelven los vasos y me dicen que no salga por unos minutos. Se van, cierro la puerta y miro de nuevo por la celosía. El primero se apostó en mi puerta. El otro siguió hacia el lado izquierdo. Me intriga saber si está parado frente a la entrada lateral de mi casa.

Dejo los vasos sobre la mesada y me voy a la terraza. Me asomo al borde y veo a los soldados tal como los había imaginado, parados frente a las dos puertas. Pero no eran los únicos uniformados. A lo largo de la cuadra, de una mano y de otra, hay soldados frente a todas las puertas. Hay también camiones militares estacionados en la cuadra, especialmente delante de una fábrica que está en la mano de enfrente. El cartel enorme de ese edificio dice con letras mayúsculas «MAHELY». De adentro salen más militares que cargan cajas de madera muy grandes. No se ve a nadie andando por las veredas ni autos por la calle. El silencio permite oír el sonido de las cajas cuando las depositan en los camiones.

De la vereda de enfrente, uno de los soldados apostados delante de la fábrica levanta la vista y me mira. Instintivamente, retrocedo

hasta salir de su campo visual. Por un momento presiento que ese soldado va a avisar que yo estoy observando todo desde la terraza y van a volver a tocarme el timbre. Les voy a tener que explicar que solo quería ver dónde estaba el segundo soldado que me pidió agua.

Pero nadie me llama. «Mahely», me repito mientras bajo la escalera. Cuando nos mudamos, enumerando los negocios que teníamos cerca, mi padre le dijo a mi madre que enfrente teníamos una fábrica de armas. A mi madre le preocupaba que las armas explotaran. Ella decía que no había que vivir cerca de fábricas de armas o de estaciones de servicio.

Me senté en una silla de la cocina. No me animaba a volver a espiar al living o a la habitación de mis padres. Trato de oír algún sonido de la calle pero desde la cocina no se oye ni siquiera el paso de las botas militares. Al rato, se oyen algunos pasos y los motores de los camiones. Yo sigo sentado sin moverme de mi lugar. Más tarde, el ruido de un auto y un bocinazo en la bocacalle. Quince minutos después llega mi madre. Me pregunta qué hago ahí sentado. Le digo que nada. Me pregunta si desayuné. No, no comí nada. Mi madre ve los dos vasos vacíos sobre la mesada y me pregunta qué son. No es la pregunta correcta pero la entiendo. Le digo que dos soldados tocaron el timbre, me pidieron agua y les di. Que después subí a la terraza y vi que había soldados por todas partes y que se llevaron unas cajas de la fábrica de armas.

Mi madre solo retiene la primera parte y extrañada me pregunta si les abrí o si los atendí por la ventana. Le digo que les abrí. Se me acerca. Tengo la sensación de que me va a dar un cachetazo pero solo me habla desde muy cerca. Parece querer gritarme, pero la voz le sale contenida. Me dice: «Te dije mil veces que no le abras a desconocidos». «Pero eran soldados», me defiende. «A nadie, ¿entendiste? Aunque venga el Papa a darte la hostia». Se pone a lavar los vasos y ocurre la segunda sorpresa de esa mañana: veo que a mi madre le tiemblan las manos mientras los enjuaga.

UN ANOCHECER DE INVIERNO

ALEJANDRA LAURENCICH

Eran dos chicas que hacía poco habían dejado el colegio de monjas al que iban para entrar a la Escuela Nacional de Bellas Artes. «La Belgrano» quedaba en la otra punta de la ciudad, a una hora y cuarto de colectivo. Todos los días, dormitando contra las ventanillas, recorrían ese trayecto en la línea 53 —que iba desde donde vivían hasta La Boca— para ser fieles a ese deseo artístico que las representaba mucho más que el magisterio de un secundario religioso. La parada quedaba a cinco cuadras de la escuela, en una de las esquinas del parque Lezama, con sus estatuas y su niebla, la cercanía del puerto, el clima que habían entrevisto en *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sabato, y que las emocionaba aún, porque ahora parecían ser ellas las protagonistas de una vida intensa. Como cualquier adolescente, buscaban mostrar quiénes eran y encontrar el amor. En Bellas Artes hablaban de pintura y discutían sobre lenguaje visual, se manchaban con óleo y con yeso; había olor a trementina y a cigarrillos baratos, compartían opiniones sobre música y cine, sobre futurismo, fauvismo, estructuras y análisis de obra. Habían logrado sacar una revista estudiantil, escrita a mano y con dibujos propios. Se llamaba *Bajo Bandera*, como se denominaba al estado de los jóvenes que hacían el servicio militar. En ella las chicas hablaban de libertad, criticaban cualquier método de imposición, instaban a sacarse el corsé para expresar lo más profundo de las ideas y sentimientos del hombre. El artista debía ser libre, decían, rasgar con sus uñas el tejido que lo amordazaba a convenciones o prejuicios, rechazar el mercado, ser fiel a sí mismo.

Sus únicos objetivos debían ser la Libertad, la Pasión, el Arte, y lo más importante: el Amor, eso que las atravesaba cotidianamente.

Ese anochecer de invierno del 79, la vida parecía mostrarles su lado más brillante y prometedor: la revista, su único ejemplar, había causado buena impresión entre algunos amigos, incluso un estudiante de otro curso la había pedido para llevársela a su casa y leerla entera, con la promesa de devolverla al día siguiente junto a un ejemplar de su propia publicación, que según les comentó, tenía más contenido político, aunque muchos de sus postulados se les parecían llamativamente. Ellas se fueron caminando orgullosas, en esa plenitud que da saber que el mundo puede estar al alcance de los propios sueños, puede ser mejorado con acciones y honestidad. Caminaban con un chico de otro curso que las acompañaba a la parada y después se iba a la suya, donde tomaba el colectivo hacia la provincia. Era gentil y muy bonito. Hacía frío, los tres llevaban bufandas de colores, abrigos tejidos a mano, pantalones de jean, grandes carpetas con bocetos de desnudos o estudios de huesos para la materia de anatomía comparada. Tenían la piel tersa, sueños de grandeza, la inocencia de la niñez aún perfilada en los rasgos juveniles. Caminaban juntos, cada uno tratando de deslumbrar al otro, de decir algo inteligente, de mostrar que no eran ciudadanos del montón, sino personas únicas, con buenas ideas y talento. Justo cuando llegaron a la parada vieron que se acababa de ir el colectivo, estaban cansados de estar horas de pie, pintando o bocetando frente a los caballetes. A unos tres o cuatro metros había un banco de los que solía haber en los parques, sin respaldo, pero ancho y vacío. Cuatro metros, unas veinte baldosas desde ese sitio donde debían haber llegado unos minutos antes, donde ahora deberían esperar el próximo colectivo. Eran las seis y media de la tarde o poco más, el sol casi escondido al fondo del parque, las luces de la calle ya encendidas, los labios partidos por el frío y las mejillas ardientes por la charla y la pasión. De común acuerdo se fueron a sentar al banco, los tres. Dieciséis años tenían ellas, veinte tendría el amigo que las acompañaba, sus madres los esperaban en casa con una comida caliente para saber cómo les había ido

en la escuela. Había tanto para contar, los proyectos crecían en el aire; reían, celebraban el ímpetu y la creatividad. Pero a los cinco minutos de haberse sentado en el banco vieron acercarse a un patrullero. El coche de luz intermitente se detuvo frente a ellos, y sin bajar, los policías que estaban dentro les hicieron señas para que se acercaran al cordón de la vereda. Sintieron el jean húmedo de frío y algo de miedo al levantarse, porque sabían que no era bueno eso de ser llamados por uniformados. Caminaron hasta ellos y entonces uno de los policías se bajó, y obligó al amigo de las chicas a ponerse contra el auto con las piernas abiertas, mientras preguntaban que hacían ahí y les pedían documentos. Los dedos se habían vuelto duros como los de los viejos, eran torpes buscando las cédulas de identidad entre los pinceles y los cigarrillos baratos. Costaba mantener la confianza, no tartamudear al decir que habían salido de la escuela de arte, que esperaban el colectivo para ir a sus casas, donde los esperaban sus padres. La voz salía balbuceante; la piel, a pesar del frío, empezaba a transpirar. Observaban las manos de los policías que se pasaban unos a otros los documentos, sentían la mirada de la gente que transitaba por la vereda y se apartaba rápido como si ellos fueran delincuentes a punto de sacar un arma y disparar. Los policías palpaban al amigo en los genitales, le daban golpes en la cabeza y le preguntaban si sabía que las chicas eran menores de edad. Somos compañeros de estudio, decían los tres. Qué estaban haciendo ahí en el banco, preguntaban ellos. Esperábamos el colectivo, contestaban. La parada es acá, les dijo uno, como si no lo supieran, pero los tres asintieron cabizbajos, el amigo incluso con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el techo del automóvil policial. No pueden estar ahí, dijeron señalando el banco ahora vacío, y ninguno de ellos preguntó por qué, aunque no entendían el motivo ni lo entenderían nunca. Dónde viven, preguntaron. Les dijeron la dirección de sus casas, tratando de no equivocarse al pronunciar ningún número, de no apresurarse en decir un barrio, de sonar naturales como cuando sus padres les preguntaban qué hicieron hoy. Los policías se miraban entre ellos, seguían revisando los bolsos como si escondieran algo peli-

groso. A juzgar por sus gestos parecía que de verdad esos dibujos y bocetos lo eran, aunque solo mostraban cuerpos desnudos. Ellas comenzaron a rogar en silencio que no les quedara en los bolsos algún apunte tomado para la revista, algo que fuera a hablar de libertad u oponerse a cualquier método de imposición. Los ojos de los policías inspiraban miedo y no seguridad. Las chicas y el amigo empezaron a dudar sobre ellos mismos, a dudar de los pinceles y los cigarrillos, a pensar que era una suerte haber entregado el único ejemplar de la revista *Bajo Bandera* a otro estudiante. Hacía frío, se venía la noche, los colectivos pasaban por la calle, la vereda iba quedando vacía y seguían allí. En un momento por la radio del coche policial se escuchó una voz que pasó coordenadas con urgencia. En pocos minutos los oficiales les devolvieron los documentos mientras uno encendía la sirena. Al amigo le dijeron que se fuera a su parada, que si lo volvían a ver por la zona la iba a pasar mal. Ellas no pudieron despedirlo, ni le sonrieron ni agradecieron por su gentileza al acompañarlas, no hablaron de arte o proyectos en común. Porque les habían ordenado que esperaran el colectivo ahí, de pie. Los policías y sus armas se subieron al auto y se fueron. Ellas obedecieron. Quietas y en silencio, sintiendo el miedo que corría como nunca por el cuerpo, apagando todo ímpetu, cualquier intención de mostrar los pensamientos que las habían enorgullecido hasta entonces. Casi cuarenta años después el silencio sigue estando cuando se preguntan qué hubiera pasado si ese llamado de radio no hubiera llevado a los policías hacia otra parte, qué si alguno de los tres hubiera olvidado su documento, equivocado un número, tartamudeado de más. Qué si en los bolsos, en vez de dibujos y apuntes, hubiera estado la revista escrita con tanto entusiasmo y dedicación. Se preguntan también por qué temblaban así, si solo buscaban mostrar quiénes eran, si solo esperaban el amor. *Bajo Bandera* no tuvo segundo número, y ellas no quisieron aceptar la publicación que el otro compañero trajo para mostrarles al día siguiente. Que a ambas revistas se las quedara él les pareció mejor.

El delantal no está tan blanco. Lo sé. No está impecable. La culpa la tuvo el empujón que me dio Mariano durante el recreo largo. Pero por suerte mamá no lo vio. Menos mal. Ayer me lo saqué media cuadra antes de entrar a casa. Le di un beso más largo que otras veces, la abracé, y le mentí que había tenido calor, que no se enojara, que ya mismo iba corriendo a colgarlo bien colgado del respaldo de la silla del cuarto, que no se había arrugado, que se lo juraba.

Y me creyó.

Creo.

No estoy seguro porque no estoy seguro de nada y porque a veces pasa que parece que me cree y después me doy cuenta de que no me creyó. Pero sí. Esta vez, parece que sí. Ahí estaba el delantal, esta mañana, esperándome sobre el respaldo de la silla. Igualito a como yo lo había dejado. Por suerte, también, mamá estaba más dormida que de costumbre mientras desayunábamos. Redormida. Y ni me miró. Estaba tan dormida que no le entendí casi nada de lo que me dijo. Que no sabía si iba a tener clases, que había habido un golpe, muy tarde, como a las tres, que no me quedara paveando por ahí, que si no había clases volviera rápido a casa.

Un golpe.

No sé.

Capaz que se cayó. O fue papá. O se cayó la señora directora o una de las maestras. Si se cayó alguna de las maestras, ojalá que haya sido la de matemáticas. Odio a la vieja estúpida de matemáticas. Pero no sé. No entendí. La verdad es que no entendí una

sola palabra de lo que quiso decirme mientras desayunábamos. Y tampoco se me ocurrió pedirle que me explicara mejor. Si le preguntaba algo, en una de esas, para contestarme me miraba con más atención y entonces se daba cuenta de que el delantal estaba sucio y me retaba.

La puerta de la escuela estaba cerrada y, en los alrededores, los chicos amontonados.

Hablaban todos al mismo tiempo.

Uno decía una cosa y otro le tapaba la boca con otra. A los gritos. Por eso no me acerqué. Parece que había un cartel pegado en la puerta que avisaba que no había clases. Eso lo entendí. Pero muy poco más. Un golpe, repetían. Otra vez. Daba la impresión de que esa mañana alguien se había golpeado y el mundo entero estaba tan dormido que no podían explicarlo.

¿O sería yo?

Empecé a dudar.

Siempre termino dudando de mí mismo cuando pasa cualquier cosa. Aunque no tenga nada que ver conmigo. Dudé justo hasta que Mariano se me acercó por detrás y me dijo que no había clases, que el día estaba relindo, que estaba bueno para ir con los otros chicos a jugar a las escondidas al parque Sarmiento, que éramos libres, que había que aprovechar. Le contesté que sí, claro. Y él, enseguida, se encargó de convencer a los demás.

Fuimos.

Unos cuantos. Como diez.

Caminamos las cuatro cuadras que nos separaban del parque sin que nos viera nadie. Ni siquiera perros había en la calle. Era miércoles pero parecía un domingo: los únicos que estábamos despiertos en el pueblo, a esa hora, éramos nosotros. Solos y libres. Un gran día. Por supuesto, apenas llegamos no pudimos ponernos de acuerdo acerca de quién contaba. Ni siquiera pudimos ponernos de acuerdo acerca de cómo elegir al que tendría que contar. Es aburrido, contar. Es más divertido esconderse. Por eso. De todos modos, cansado de discutir, Gonzalo ya estaba a punto de largarse a llorar, Mariano dijo que éramos todos unos tarados, que él mis-

mo lo haría, que fuéramos a escondernos, que iba a contar solo hasta cien.

Y empezó a contar.

Me metí detrás de la imagen de la Virgen de Luján que está encerrada como en un ranchito en medio del parque. El primer lugar que encontré. El lugar que me quedaba más cerca. Tenía miedo de que Mariano hiciera trampa y saliera antes de llegar a contar hasta cien. Pero no. No hizo trampa. Y a medida que escuchaba pasar los números me arrepentía cada vez más de haber elegido ese lugar tan fácil. Mariano me descubriría enseguida.

Y fue así, nomás.

Gritó salgo y en menos de tres segundos ya me había encontrado.

Tampoco le pude ganar en la corrida hasta la casa, nadie le gana una carrera a Mariano. Mucho menos yo. La próxima me iba a tocar contar a mí. Por salame. Resultaba casi imposible imaginar que alguien librara para todos, repito que nadie le gana una carrera a Mariano. Después fueron cayendo de a uno o incluso de a dos, Pedro y Manuel se habían trepado al mismo árbol. Al rato, solo faltaba Gonzalo. Mariano lo buscaba y lo buscaba. Pero nada. Y pasaba el tiempo. Tanto, que cuando Mariano se alejaba, nos preguntábamos entre los que habíamos quedado cerca de la casa si alguien lo había visto esconderse. Y no. Nadie lo había visto. Había desaparecido.

Entonces Mariano se sentó. Dejó de buscar. Dijo que estaba aburrido, que no le encontraba la gracia a lo que estaba haciendo Gonzalo, que estuviese adonde estuviese, ya había tenido suficientes oportunidades para ganarle de mano cuando él se había alejado, que se iba a su casa, que eso es lo que seguramente había hecho Gonzalo sin avisarnos, que nosotros hiciéramos lo que quisiéramos, que él no jugaba más.

Y no jugamos más.